

## Un viaje filosófico por el Mediterráneo a través de la comparación del método de Algazel y Descartes

A través de la comparación de dos filósofos –Algazel y René Descartes– a priori contrapuestos y pertenecientes a dos culturas diferentes pero que comparten un mismo método, la duda, el autor explora sus fuentes e influencia posterior basándose en los recorridos de la filosofía de origen helénico a lo largo de los siglos y extrae conclusiones aplicables a los debates ideológicos actuales, en especial, al llamado ‘choque de civilizaciones’.

En el año 529 el emperador bizantino Justiniano decidió clausurar la Escuela de Atenas, el último feudo de la filosofía helenística y el paganismo frente a la religión cristiana en auge. Los sabios expulsados fueron acogidos por Cosroes I, emperador de Persia, desde donde comenzaría la expansión de la filosofía griega en Oriente Próximo mezclada con nociones del Islam (*falsafa*).

En el siglo XI el pensador persa Algazel (1058-1111) estableció su diatriba contra los *falsafa*, *Destrucción de los filósofos*, acusándoles de haberse desviado del Islam, una crítica que tendría tremendas consecuencias para el desarrollo de la filosofía en la cultura musulmana, pero que fue duramente respondida por el andalusí Averroes (1126-1198) con una acertada defensa del pensamiento aristotélico, *Destrucción de la destrucción*, la última gran obra de la *falsafa*.

La conquista árabe de la Península Ibérica y Sicilia, las convirtió en lugares de intercambio de conocimientos, insuflando aire nuevo a los nacientes estados europeos. Averroes dejó así su testigo a los filósofos cristianos europeos influyendo de forma decisiva en el desarrollo posterior de su pensamiento, tanto desde las críticas verdidas

por Tomás de Aquino (1225-1274), como desde la influencia positiva que ejerció en Pico de la Mirandola (1463-1494) y Giordano Bruno (1549-1600). El corpus filosófico al que tuvo acceso Rene Descartes no hubiese sido el mismo sin ese viaje de ida y vuelta que había emprendido la filosofía griega a través del Mediterráneo más de un milenio antes.

### Un mismo método: la duda

El planteamiento de Algazel, en sus *Confesiones*, y el de René Descartes, en el *Discurso del método*, es similar: explicar el camino hacia la verdad a través del uso metódico de la duda (un hecho que no se repite en el espacio que media entre los dos filósofos).

En su búsqueda, Algazel comienza por dudar de todo aquello que no sean “los datos sensibles y los primeros principios”, pero se encuentra entonces con que en diversas pruebas, como la simple comprobación visual, “sentido” y “razón” ofrecen conclusiones diferentes, e incluso termina por descartar también la información de su propio intelecto utilizando el ejemplo del sueño, tan famoso en Descartes: “¿Qué garantía tengo de que aquello a lo que doy crédito por medio del sentido o de la razón

estando despierto sea verdadero (...), pues es posible que me sobrevenga un estado (...) en el cual mi vigilia sea un sueño?”

–Algazel–.

“Pues ¿cómo sabremos que los pensamientos que se nos ocurren durante el sueño son falsos, y que no lo son los que tenemos despiertos, si muchas veces sucede que aquéllos son menos vivos y expresos que éstos?” –Descartes–.

Ésta es sólo una de las coincidencias entre ambos, pues el francés también procede en su búsqueda como el persa: dilucidando qué conocimientos son ciertos. A este efecto, Descartes crea “El Método”, clave de su filosofía, que se basa en cuatro reglas, de las cuales la primera coincide con el *método* de Algazel: discernir la verdad como algo de lo que no cabe duda.

### Caída y salida del escepticismo

A ambos les sobreviene entonces un “estado de escepticismo” y es en la solución de este estado donde se encuentra la verdadera diferencia fruto, por otra parte, de los cinco siglos de evolución científico-filosófica que los separan.



Descartes recurre a su famoso razonamiento “yo pienso, luego soy” puesto que, sobre su escepticismo, razona: “queriendo yo pensar que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa”. Al contrario, Algazel avisa de que “aquél que cree que el desvelamiento de la verdad se realiza por medios de raciocinios bien dispuestos anquilosa la inmensa misericordia divina”. A pesar de que Descartes es considerado el padre de la filosofía europea moderna, no deja de llamar la atención que presente justificaciones similares a las de Algazel en cuanto a la existencia del mundo físico. En opinión de Descartes, igual que en Algazel, la infinita bondad de Dios, como ser supremo y perfecto, es la que garantiza que no nos engañemos al percibir el mundo físico. El pensador francés consideraba la perfección de la revelación, en este caso cristiana, por encima de la del razonamiento humano: “El estado de la verdadera religión, cuyas ordenanzas Dios solo ha instituido, debe estar incomparablemente mejor arreglado que todo lo demás”, una afirmación que hubiese rubricado el mismo Algazel. Pero la diferencia de incluir al individuo como ser consciente en el paso que va del escepticismo a la recuperación de la seguridad sobre la existencia se convierte de pequeño detalle en separación abismal por las consecuencias que de ella se desprenden, principalmente la recuperación de la con-

Retrato de René Descartes, por Jean Baptiste Weenix, 1649.

fianza en la razón ya que Descartes introduce, como ruptura con la corriente dominante de la escolástica oficial, el indispensable papel del individuo en el proceso del razonamiento. Ese “pienso luego soy” es la madre de toda la filosofía racionalista. Precisamente esta era una de las diferencias que separaba a Algazel de los *falsafa* y el principal argumento que le distinguía de Averroes: quien defendió hasta su muerte la utilización del razonamiento individual también para llegar a Dios.

#### Conclusiones bien actuales

¿Qué sucedió para que el racionalismo hubiese de desarrollarse en la Europa cristiana del Renacimiento y la edad moderna si, cinco siglos antes, ya había autores en la esfera de influencia árabo-musulmana que habían avanzado considerablemente en los debates fe-razón? Éste es un tema que aún trae de cabeza a los estudiosos de la historia y la filosofía. El intelectual turco Murat Belge señala que la elección entre Algazel y Averroes a favor del primero, determinó que el Imperio Otomano no viviese un Renacimiento similar al europeo. “En el siglo XV (en el Imperio Otomano), el sultán Mehmet II pidió a dos de los más brillantes teólogos de la época, Hocazade y Ala al-Din Tusi, que le instruyesen sobre el debate que enfrentaba desde hacía tres siglos a los filósofos y a los teólogos. (...) Hocazade



*En su búsqueda, Algazel comienza por dudar de todo aquello que no sean “los datos sensibles y los primeros principios”, pero se encuentra entonces con que en diversas pruebas, como la simple comprobación visual, “sentido” y “razón” ofrecen conclusiones diferentes, e incluso termina por descartar también la información de su propio intelecto utilizando el ejemplo del sueño, tan famoso en Descartes.*

y Ala al-Din Tusi, naturalmente, se decantaban a favor de Algazel y de la teología”, explica el autor de *El Islam en la Turquía actual*, Thierry Zarcone.

Pero, ¿pudo la decisión de un solo hombre cambiar la historia de las ideas de una importante parte del mundo? Resulta un tanto exagerado. Más bien podríamos postular que existieron una serie de causas políticas, económicas e históricas que impidieron un mayor desarrollo de este proto-racionalismo en la filosofía musulmana.

Averroes, considerado el último gran exponente de la *falsafa*, escribió su réplica a Algazel en el Al Andalus del siglo XII, cuando el poder musulmán se estaba desintegrando en reinos de taifas. Este proceso de decadencia y desinte-

gración política no sólo ocurría en el oeste de los dominios árabo-musulmanes, sino que se extendía por toda la geografía de lo que antes habían sido auténticos imperios árabes. En la medida en que los estados europeos se iban haciendo más poderosos, desde oriente llegaron los turcos y mongoles que pondrían en jaque el poderío árabe en la *dar-al-islams*. Por tanto, una posible respuesta al decaimiento de la *falsafa* musulmana, de origen árabe y persa, es la político-económica. A favor de esta tesis juega también el hecho de que en el desarrollo del Renacimiento europeo tiene un papel innegable la formación de la proto-burguesía del capitalismo mercantil.

A pesar de lo dicho, el desarrollo

cultural del Renacimiento –y la influencia de éste en el desarrollo posterior de la filosofía europea– debió mucho al trabajo realizado por los *falsafa* musulmanes. Esta interacción entre autores de diversas culturas –desde la huida de Atenas a Persia de Siriano y Damascio a la lectura de Averroes en las ciudades-estado italianas del siglo XV, pasando por las enseñanzas en Florencia de Gemistos Plethon, filósofo bizantino y por tanto influido por los contactos con árabes y persas– vendría a demostrar la falsedad del cerrado concepto de civilización que emplean con éxito desde hace años Samuel P. Huntington y otros adalides del llamado “choque de civilizaciones”. ¿Podría algún día llegar a considerarse a Averroes como autor renacentista? ¿Supondría esta consideración reconocer que quizás hubo un *Renacimiento Musulmán*?

¿O quizás debería considerarse el Renacimiento como una revolución del pensamiento más amplia y en la que, por tanto, habrían participado estos pensadores musulmanes? Se responda como se responda a estas cuestiones, no podemos obviar que la historia, con sus viajes de ida y vuelta, ha traído y llevado ideas filosóficas a través de las tierras y los mares, impregnando con ellas de diversas formas a culturas diferentes e influyendo de manera determinante en su desarrollo. □

ANDRÉS MOURENZA

Periodista. Experto en Cultura y Religión Islámicas por la UNED. Estambul